

Directores

Luis Vega
 Hubert Marraud

Secretaria

Paula Olmos

Edición Digital

Roberto Feltrero

La retórica de los autores anti-metafísicos

FERNANDO LEAL CARRETERO
Departamento de Estudios en Educación
Universidad de Guadalajara
 Av. Parres Arias 150, Edif. A, piso 3
 45100 Zapopan, Jal.
 México
 ferlec@hotmail.com

VÍCTOR MANUEL FAVILA VEGA
Departamento de Filosofía
Universidad de Guadalajara
 Av. de Los Maestros s/n, Puerta 1
 44100 Guadalajara, Jal.
 México
 vmfavila@gmail.com

RESUMEN

Existe una vieja tradición anti-metafísica de la que en el siglo XX son eminentes representantes los llamados “positivistas (o empiristas) lógicos”. Aunque el discurso de estos autores, como el de todos los anti-metafísicos, se declara opuesto justamente al de los autores metafísicos, es posible aplicarle el mismo tipo de análisis retórico que resulta obvio en el caso de los metafísicos. Este artículo presenta una primera muestra de los resultados de semejante análisis. Los aspectos elegidos son: (1) el público al que se dirige el discurso anti-metafísico, (2) el éthos que ese discurso pretende transmitir, y (3) el estilo en que está escrito. Los textos elegidos son el panfleto propagandístico del Círculo de Viena titulado “La concepción científica del mundo” de 1929, y el libro de divulgación *El ascenso de la filosofía científica* que escribió Hans Reichenbach poco antes de morir, en 1951.

PALABRAS CLAVE: anti-metafísica, estilo, éthos, público, retórica

ABSTRACT

There is an old anti-metaphysical tradition of thought and writing which in the 20th century is eminently represented by the so-called “logical positivists” or “logical empiricists”. Although their discourse, like the discourse of all anti-metaphysical authors, is expressly opposed to the discourse of the metaphysicians, it is possible to apply to the former the very same kind of rhetorical analysis which is undeniably applicable to the latter. This paper offers a first sample of results obtained from such an analysis. The selected discursive aspects are: (1) the public to which the discourse is addressed, (2) the ethos which it intends to convey, and (3) the style in which it is written. For the analysis we chose the pamphlet, “The scientific worldview”, with which the Vienna Circle advertised itself in 1929, and the popular book written by Hans Reichenbach shortly before his death, in 1951.

KEYWORDS: anti-metaphysics, ethos, public, rhetoric, style.

Artículo recibido el: 18-01-2015

Artículo aceptado el: 04-07-2015



Copyright© Fernando LEAL y Víctor Manuel FAVILA

Se permite el uso, copia y distribución de este artículo si se hace de manera literal y completa (incluidas las referencias a la Revista Iberoamericana de Argumentación), sin fines comerciales y se respeta al autor adjuntando esta nota. El texto completo de esta licencia está disponible en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/legalcode.es>

1. INTRODUCCIÓN

El título de este trabajo contiene dos palabras —el sustantivo «retórica» y el adjetivo «anti-metafísico»— que tal vez requieran alguna explicación antes de adentrarnos en el tema al que se refieren. De antemano nos disculpamos con los lectores por la longitud de las explicaciones que daremos y confiamos en que apreciarán su relevancia conforme avancen en la lectura del trabajo.

Comencemos por el adjetivo «anti-metafísico». El origen del adjetivo «metafísico», del que aquél se deriva, no pasa aparentemente de un mero accidente, por cuanto abarca el contenido de los libros esotéricos (no populares, sino técnicos) de Aristóteles que en el ordenamiento de su primer editor, Andrónico de Rodas, fueron colocados *después* (μετά) de la enorme serie de libros que tratan de la naturaleza tanto inanimada como animada (τὰ φυσικά).¹ Sin embargo, con el tiempo esta palabra puramente editorial pasó a ser equivalente a «sobrenatural», a designar lo que está más allá de la naturaleza y que constituye su fundamento último. Sea que se trate de los *números* pitagóricos, el *ser* de Parménides, las *ideas* de Platón o los numerosos conceptos inventados por Aristóteles para dar cuenta de las mismas cosas de las que pretendían dar cuenta aquellos otros constructos, se trata siempre aquí de objetos que se encuentran fuera de o más allá del mundo natural. Con el advenimiento del cristianismo, el término poco a poco pasó a designar, como bien dijo Kant, los temas de Dios creador, alma inmortal y libre albedrío. Pues bien: tanto contra la versión clásica de la metafísica así entendida cuanto contra su versión cristiana se erigieron desde siempre y a lo largo del siglo textos, discursos y argumentaciones construidas por autores que podemos llamar justamente por ello «anti-metafísicos», si bien este término es de cuño reciente y solemos asociarlo al más estridente grupo de filósofos enemigos de la metafísica que produjo el siglo XX: el llamado «Círculo de Viena».²

¹ Recordamos brevemente que las obras esotéricas de Aristóteles, es decir las que él no publicó por considerarias de interés exclusivo de los estudiosos de la filosofía, fueron acomodadas por Andrónico en tres grandes series: primero la serie LÓGICA (formado por las *Categorías*, el libro *De la interpretación*, los *Analíticos* y los *Tópicos* con su apéndice sobre las *Refutaciones sofísticas*, pp. 1-184 en la edición estándar de Bekker), luego la serie FÍSICA (formado por los varios tratados de física, astronomía, química y biología, pp. 184-980), y finalmente la serie ÉTICA (formada por los libros que tratan de las cosas humanas: las tres *Éticas*, la *Política*, las dos *Retóricas* y el *Arte poética*, pp. 1093-1462). Los libros *Metafísicos* se colocaban justo entre la segunda y la tercera serie (pp. 980-1093). Por lo demás, no deja de ser curioso el hecho de que, cuando los llamados «positivistas lógicos», quienes tenían muy pobre opinión de Aristóteles, daban en dividir las ciencias (a saber, en formales, naturales y sociales) no hacían sino reproducir el esquema aristotélico. Tal vez habrían dicho que el esquema estaba bien y sólo se necesitaba eliminar completamente los libros *Metafísicos* y substituir los demás por versiones actualizadas.

² El adjetivo «anti-metafísico» aparece tal vez por vez primera en el prefacio (titulado justamente «Notas preliminares anti-metafísicas») de las *Contribuciones al análisis de las sensaciones* (1886) de Ernst Mach, sin ninguna duda el santo patrón del Círculo de Viena. Por lo demás, merece mención el *Aufruf* que en 1912 firmaron varios matemáticos y científicos naturales y sociales (Mach, Planck, Einstein y Hilbert entre ellos, pero también Freud, Klein, Loeb y Tönnies), ya que predica aproximadamente lo mismo aunque con

Así, en el primer párrafo del panfleto o manifiesto que los miembros de este grupo escribieron para honrar la decisión que su cabecilla, Moritz Schlick, tomó de quedarse en Viena a pesar de haber recibido una invitación económicamente muy tentadora de la Universidad de Bonn (cf. Mulder, 1968, 386-388), leemos lo siguiente (Círculo de Viena, 1929, sección I.1; las cursivas son nuestras):

[T1] Daß metaphysisches und theologisierendes Denken nicht nur im Leben, sondern auch in der Wissenschaft heute wieder zunehme, wird von vielen behauptet. Handelt es sich hiebei um eine allgemeine Erscheinung oder nur um eine auf bestimmte Kreise beschränkte Wandlung? Die Behauptung selbst wird leicht bestätigt durch einen Blick auf die Themen der Vorlesungen an den Universitäten und auf die Titel der philosophischen Veröffentlichungen. Aber auch der entgegengesetzte Geist der Aufklärung und der *antimetaphysischen* Tatsachenforschung erstarkt gegenwärtig, indem er sich seines Daseins und seiner Aufgabe bewußt wird. In manchen Kreisen ist die auf Erfahrung fußende, der Spekulation abholde Denkweise lebendiger denn je, gekräftigt gerade, durch den neu sich erhebenden Widerstand.

Que el pensamiento metafísico y theologizante no solamente está vivo, sino que hoy por hoy vuelve a crecer en la ciencia, es cosa que muchos afirman. ¿Se trata aquí de un fenómeno general o solamente de una transformación restringida a ciertos círculos? La afirmación misma se ve fácilmente confirmada con echar un vistazo a los temas de los cursos universitarios y a los títulos de las publicaciones filosóficas. Pero también el espíritu opuesto de la ilustración y la investigación *anti-metafísica* de los hechos se fortalece en la actualidad por cuanto se concientiza de su existencia y su tarea. En algunos círculos la forma de pensar que se basa en la experiencia y no es afecta a la especulación está más viva que nunca, e incluso se robustece, gracias a la resistencia que surge de nuevo.

En la sección 4 de este trabajo volveremos sobre este texto en particular y sobre el empleo (retórico) del adjetivo «anti-metafísico». Aquí solamente quisiéramos añadir que, si bien debe quedar claro que hay autores anti-metafísicos desde que hay metafísica (para una pequeña muestra reléase el famoso pasaje sobre la «batalla de gigantes en torno al ser» en el *Sofista* de Platón, 246A-C), aquí nos contentaremos, por razones de espacio, con autores que pertenecían a, simpatizaban con, o fueron influenciados por, el Círculo de Viena.³

Pasemos ahora al sustantivo «retórica». Con este término proponemos que se entienda aquí no otra cosa que «lo que se entendía usualmente a lo largo de toda la antigüedad clásica: el arte de persuadir con palabras o arte del discurso cívico que se enseñaba y practicaba en escuelas y se aplicaba cuando una persona se dirigía a

mayor brevedad y va dirigido no, como el del Círculo de Viena, de los filósofos a los científicos sino justamente en sentido contrario (véase más adelante sección 4). Una copia de este *Aufruf* puede verse en Fulgencio (2000).

³ En lo que sigue trataremos de hablar siempre de los autores anti-metafísicos asociados al Círculo de Viena a fin de evitar, en la medida de lo posible, etiquetas tan toscas y prejuiciadas como las de «neopositivistas», «positivistas lógicos» o «empiristas lógicos».

otras públicamente» (Kennedy, 1994, p. xi). Esta arte se originó con la democracia griega, fue desarrollada y sistematizada en múltiples tratados desde el siglo V antes de nuestra era hasta el siglo VI de nuestra era, y en su momento adoptada y aplicada por los romanos de la república y el imperio (para una historia reciente del sistema clásico de la retórica, véase Pernot, 2013; el sistema resumido se encuentra en las pp. 244-258 de esta obra). Aunque parte del sistema grecorromano se conservó dentro del sistema educativo medieval y algunos de los elementos han incluso pervivido hasta nuestros días, el sistema antiguo nunca ha vuelto a tener el lugar central que tuvo para las culturas clásicas. El sistema giraba en torno a las cinco partes, funciones u obras del orador (ἔργα τοῦ ῥήτορος, *opera oratoris*): el buscar y encontrar lo que se va a decir (εὑρεσις, *inuentio*); el acomodarlo en el orden apropiado en que se lo debe decir (τάξις, *dispositio*); la selección cuidadosa de las palabras, frases y oraciones más convenientes para la ocasión de lo que se va a decir (λέξις, *elocutio*); el empleo de técnicas tanto para «grabarse» el discurso antes de presentarlo oralmente cuanto para recordarlo a la hora de presentarlo (μνήμη, *memoria*); y finalmente la actuación o puesta en escena histriónica por medio de gestos, ademanes, posturas y tonos de voz apropiados a la ocasión (ὑπόκρισις, *actio*). Hoy día la mayoría de las personas asocian a la retórica sólo fragmentos de dos de las cinco partes: de la *elocutio* sólo queda la idea de las metáforas y algún otro de los llamados «giros» o «tropos» (en griego τρόποι, que en la confusión se mezclan con los σχήματα o «figuras», sea del lenguaje o del pensamiento); y de la *actio* sólo queda la práctica de manotear y alzar la voz sin razón aparente y al buen tuntún. De la *dispositio* y la *memoria* no queda nada; y sobre todo no queda nada de la *inuentio*, que era precisamente la parte más importante y a la que los tratadistas dedicaron su mayor atención. El sistema completo, es decir el *arte* de hablar en público como tal, solamente lo conocen los especialistas de la antigüedad grecorromana. Ello se debe a un proceso de degradación y pérdida que comenzó ya en la edad media y ha continuado hasta nuestros días en que, gracias a los esfuerzos teóricos de Perelman y Olbrechts-Tyteca (1958), se vuelve a hablar de retórica no como una pieza de museo, sino como una disciplina real y necesaria, que incluso podemos continuar elaborando a partir de lo que los antiguos grecorromanos nos legaron.

Sin embargo, no hablaremos de retórica en el sentido de estos autores ni en el sentido de Meyer (2008) o de van Eemeren (2010), por citar solo los autores que en nuestra opinión han hecho los mejores esfuerzos teóricos en pro de una retórica alejada del mero adorno elocutorio, gestual o prosódico, y orientada hacia la

argumentación.⁴ Para simplificar la exposición, nos contentaremos, como hemos dicho, con el sistema clásico.

2. TRES PREGUNTAS

En resumidas cuentas, nos proponemos aquí aplicar algunos elementos teóricos tomados del sistema clásico de la retórica a textos escritos por autores anti-metafísicos del Círculo de Viena o cercanos a él. Es importante que quede claro que nuestro fin no son las tesis filosóficas de lo que suele llamarse «positivismo lógico» o «empirismo lógico» como tales; si ellas son correctas, verdaderas, fructíferas o importantes, o bien por el contrario si son incorrectas, falsas, estériles o triviales, esto no es un asunto que nos interese en este trabajo. Nuestro objetivo es mostrar el interés de aplicar conceptos retóricos a ciertos textos, y con ello el de invitar al lector que sienta curiosidad por la retórica y atracción hacia los autores anti-metafísicos a que se una al esfuerzo del que aquí solamente podemos dar una pequeña muestra.

Sin embargo, antes de entrar en materia conviene que recordemos que estos autores son o pretenden ser o aspiran a ser personas austeras y parsimoniosas; por ende, no admitirán fácilmente que su discurso sea retórico. Al contrario, nos dirán probablemente que la retórica es cosa de sus adversarios, de los metafísicos. Sin embargo, contra eso está el principio teórico de que todo discurso tiene y se vale de una retórica. La cuestión no es entonces si los autores anti-metafísicos tienen o se valen de una retórica, sino más bien *cuál* es esa retórica que tienen o de la que se valen. Los autores anti-metafísicos encuentran los discursos metafísicos de sus adversarios túrgidos y oscuros; y creyendo, con razón, que la turgidez y la obscuridad son recursos retóricos, fácilmente olvidan que las cualidades opuestas también lo son. Hay en efecto una retórica de la tersura como hay una retórica de la claridad. Pero este modo de hablar es demasiado general e impreciso cuando nos tomamos en serio la existencia y aplicabilidad del sistema clásico de la retórica. Consideremos en cambio las siguientes tres preguntas:

1. ¿En qué *estilo* escriben los autores anti-metafísicos?
2. ¿Cuál es el *auditorio* o *público* al que se dirigen los autores anti-metafísicos?
3. ¿Cuál es el papel del *carácter* o la *actitud del orador* que se revela en los

⁴ Para evitar posibles malentendidos, permítasenos añadir que la razón que nos mueve a limitarnos a la retórica clásica es simplemente que no se puede hacer todo a la vez. Los aportes teóricos de Perelman y Olbrechts-Tyteca, Meyer y van Eemeren a la retórica son sin duda relevantes al tema de este trabajo y esperamos en otro volver sobre ellos.

escritos de los autores anti-metafísicos?

Confiamos en que más tardará el lector en leer estas preguntas que en darse cuenta de que ellas se aplican a cualquier texto y cualquier discurso, pues todo texto y todo discurso (1) se escribe en cierto estilo, (2) tiene la intención de dirigirse a un cierto público, y (3) pretende revelar a dicho público que su autor tiene un cierto carácter o una cierta actitud. Se trata aquí de aspectos retóricos necesarios y universales. De hecho, se trata de aspectos que no pueden en rigor separarse, por cuanto el estilo que adopte un orador o escritor dependerá en gran medida tanto del público al que pretende dirigirse como de la personalidad que quiere proyectar, lo que los publicistas de nuestro días llaman la *imagen*. Como bien dijo Aristóteles en tratado de retórica (*Ret.* 1356a), el arte del orador es un método de persuasión que emplea tres tipos de medios o recursos: el uso de la palabra (λόγος), la manipulación de las emociones de su público (πάθος) y el carácter o actitud que proyecta en tanto imagen de su propia personalidad (ἦθος).

La cuestión de la selección de estilo es en cierto modo la síntesis de la función elocutiva (*elocutio*), la cual se define precisamente como el elegir aquellos recursos léxicos, sintácticos y fonológicos que deben emplearse tanto para lograr la persuasión en vista de la ocasión en que se ha de pronunciar el discurso —y en particular del auditorio al que el orador se dirige— cuanto para proyectar una cierta imagen y presentarse como una cierta persona. Los antiguos retóricos distinguían tres estilos que puede emplear el orador según las conveniencias del caso, dos extremos y uno a la mitad.⁵ En un extremo tenemos el estilo *grave*, *grueso* o *grandioso* (de donde viene el adjetivo *grandilocuente*) y en el otro el estilo *ligero*, *sutil* o *simple*. Ambos estilos tienen características sintácticas y léxicas marcadas. En cuanto a la sintaxis, es propio del estilo grave el uso de oraciones largas y con estructuras complejas, mientras que el estilo tenue se caracteriza por oraciones cortas y con estructuras simples. En cuanto al léxico, el orador que hable con estilo grave elegirá de preferencia palabras raras, «domingueras», solemnes, así como frases y construcciones novedosas y llamativas, mientras que el orador que decide que el estilo tenue es más acorde con las circunstancias de su discurso se inclinará por las palabras de todos los días, las frases hechas, los dichos populares. Los retóricos añadían, sin embargo, que el orador puede elegir un tercer estilo, que es un punto medio entre estos dos extremos: como se dice

⁵ Así en la *Retórica a Herenio* (Libro IV, caps. 8-11, §§11-16) y en Cicerón (*Orator*, cap. 21, §69 y cap. 29, §§100-101; *De oratore*, Libro III, cap. 45, §177, y cap. 52, §199). Utilizamos esta tripartición por la gran influencia que tuvo (véase p.ej. Agustín de Hipona, *De doctrina Christiana*, Libro IV, caps. 17-18, §34-35). Sin embargo, el asunto de los estilos va más allá, y encontramos divisiones diferentes en los distintos tratadistas. Para una idea del engorro teórico el lector interesado puede consultar con provecho la monografía de Martín (1974, pp. 329-345). Véase también, para el caso de Cicerón, la interesante discusión de Fantham (2004, cap. 11, especialmente pp. 277-285).

vulgarmente, «ni muy muy ni tan tan» (el uso de esta frase pertenece justamente al estilo tenue). Por ello hablaban de un estilo *medio*, *mediano* o *mediocre* (en un sentido no peyorativo), en el cual el orador no desciende hasta el habla más cotidiana, pero evita igualmente la grandilocuencia.

Cada uno de estos términos no es solamente descriptivo, sino que también es normativo. No hay nada en el mundo excepto las circunstancias del discurso que haga mejor el estilo grandilocuente que el estilo simple; ni tampoco hay nada que haga del estilo medio el mejor en todas las circunstancias. Más bien, el orador debe elegir el estilo apropiado a la ocasión, los destinatarios y el ἦθος que desea proyectar en esa ocasión y ante esos destinatarios.⁶ En este sentido, conviene recordar el concepto de *registro* introducido por la sociolingüística y asociado de cerca a los de *estilo* y *género* (cf. Biber & Conrad, 2009). No hablamos igual cuando tenemos que impartir una conferencia que cuando regateamos en un tianguis; a cada ocasión de habla corresponde una selección de recursos verbales que juntos constituyen un registro. De igual manera, podemos advertir que hay formas inapropiadas de hablar: y quien se dirija al frutero en el tono y con las palabras de un profesor de filosofía errará tanto como el profesor que habla como carretonero ante sus alumnos. Los antiguos tenían en este sentido ya una sensibilidad sociolingüística y distinguían estilos (registros) normativamente incorrectos para cada uno de los tres mencionados arriba.

El primer tipo de error retórico consistiría según esto en el empleo de un estilo que no sea apropiado a las circunstancias, y en especial al público y al ἦθος del orador. Si empero suponemos ahora que se ha elegido bien el estilo acorde con un determinado discurso y sus circunstancias, todavía puede el orador usarlo mal. En general podemos decir que cada estilo constituye una especie de justo medio aristotélico entre los excesos y defectos en que el orador puede caer por descuido o poca instrucción. En el caso del estilo grave tal vez el error más común, notado y castigado por los tratadistas, es el de caer en un estilo inflado o túrgido. Como dice el autor de la *Retórica a Herenio* (Libro IV, cap. X, §15):

[T2] In hoc genus plerique cum declinantur et ab eo quo profecti sunt aberrarunt, specie grauitatis falluntur nec perspicere possunt orationis tumorem.

Cuando los oradores caen en este estilo y se alejan del estilo en que se habían embarcado, la mayoría de ellos se engañan con la apariencia de grandeza y no pueden ya percibir la hinchazón de su discurso.

⁶ Véase Aristóteles, *Retórica*, Libro Γ, cap. 7; Cicerón, *De oratore*, Libro III, cap. 55, §§210-211; Quintiliano, *Institutiones oratoriae*, Libro XI, cap. 1, §§31-38.

Menos observado es el caso en que el orador no es excesivamente grandilocuente, sino que más bien yerra por defecto, de tal suerte que su discurso, por decirlo así, no alcanza la cima a la que aspira. En el *Quijote*, por ejemplo, vemos con frecuencia al Caballero de la Triste Figura tratar, sin éxito, de instruir a Sancho en cuestiones de estilo justamente por lo chusco de los intentos de este por hablar como su mentor. En cada caso, habrá pues errores por exceso (como la hinchazón del discurso por un orador que ha perdido el sentido de proporción) o por defecto (como cuando Sancho usa mal los proverbios). Y naturalmente también los oradores que quieran emplear el estilo opuesto (llano o simple) o bien un estilo medio podrán pecar por exceso o por defecto, cayendo, cada uno a su manera, sea en estilos débiles o ramplones debido al uso de un vocabulario vulgar o soez, sea en estilos desarticulados e incoherentes por usar una sintaxis caótica o demasiado pobre (cf. *Retórica a Herenio*, Libro IV, cap. XI, §16).

3. EL PÚBLICO DE LOS AUTORES ANTI-METAFÍSICOS (I)

Pues bien, la pregunta ahora es si los autores anti-metafísicos prefieren uno u otro de los tres estilos que distingue la retórica clásica, y en uno u otro caso si podemos decir que lo utilizan bien o mal sea en razón del público al que pretenden dirigirse, sea en razón de la imagen que quieren proyectar ante ese público. Comencemos por el público: ¿a quién se dirigen los asociados al Círculo de Viena? Aquí sin duda hay que distinguir antes que nada, como con frecuencia en el caso de una escuela filosófica de substancia, entre los escritos *exotéricos* (escritos para el gran público externo, formado por los legos o lectores no especializados) y los escritos *esotéricos* (escritos para el consumo del propio grupo o bien de personas cercanas y suficientemente enteradas de los detalles técnicos, los problemas relevantes y el vocabulario especializado).

Casos notables y bien conocidos de escritos exotéricos por autores anti-metafísicos son los libros *The Scientific Outlook* (1931) de Bertrand Russell, *Language, Truth, and Logic* (1936) de Arthur J. Ayer, y *The Rise of Scientific Philosophy* (1951) de Hans Reichenbach, a los que podemos añadir ciertamente el panfleto citado en la sección 1 de este trabajo (Círculo de Viena, 1929) así como probablemente el artículo «Die Überwindung der Metaphysik durch die logische Sprache» (1931) de Rudolf Carnap o, para tomar un libro mucho más cercano a nosotros, *Breaking the Spell* (2007) de Daniel Dennett. En todos estos escritos percibimos inmediatamente y sin ningún problema el carácter propagandístico de la

redacción, el interés expreso y marcado de sus autores por persuadir a un público más amplio que el formado por filósofos de la bondad de los puntos de vista, métodos y resultados de una escuela o corriente particular.

En cambio, son escritos claramente esotéricos los libros *Relativitätstheorie und Erkenntnis a priori* (1920) de Hans Reichenbach, *Logisch-philosophische Abhandlung* (1921, mejor conocido por el título latino que propuso G.E. Moore, *Tractatus logico-philosophicus*) de Ludwig Wittgenstein, *Der logische Aufbau der Welt* (1928) y *Die logische Syntax der Sprache* (1934) de Rudolf Carnap, o bien, otra vez tomando un ejemplo algo más reciente, *From Folk Psychology to Cognitive Science* (1983) de Stephen Stich. Aunque no faltan libros, como notablemente el *Tractatus*, que han adquirido una cierta familiaridad y hasta un estatus de libro de culto, todos ellos, y de hecho la gran mayoría de los libros y artículos de los autores asociados al Círculo de Viena fueron escritos por especialistas para especialistas, y su contenido es tan técnico que nadie puede leerlos y entenderlos sin una más o menos larga preparación previa. (De hecho, una de las tácticas retóricas utilizadas por estos autores consiste en decir que tal o cual lector no ha entendido los aspectos técnicos del asunto.)

Por razones de espacio nos olvidaremos en este trabajo de la retórica de los escritos esotéricos y nos concentraremos en ejemplos tomados de los exotéricos, concretamente el libro *The Rise of Scientific Philosophy* (1951) de Reichenbach y, en menor medida, el panfleto del Círculo de Viena citado antes.⁷ En su momento veremos que hay diferencias interesantes entre ambos textos. Desde ya nos disculpamos con el lector por presentarle numerosas citas de ellos; pero son necesarias para el análisis retórico así como para transmitir suficientemente el sabor del estilo en que están escritos.

Comencemos por el libro de Reichenbach, en cuyo prefacio hay un par de pasajes que nos ilustran acerca de la concepción que el autor se hacía del público lector (p. viii):

[T3] Though concerned with philosophic systems and scientific thought, this book is not written on the assumption that the reader has a technical knowledge of the subject matter. [...] And though the book deals with the logical analysis of modern mathematics and physics, it does not presuppose that the reader is a mathematician or a physicist. If he has common sense enough to wish to learn more than common sense can teach him, the reader is well prepared to follow the arguments of the book.

[T]his book may be used as an introduction to philosophy, and in particular to scientific

⁷ Aunque no es esta la razón por las que hemos elegido los dos textos, vale la pena señalar que de ambos existen traducciones al español, como se indica en las referencias bibliográficas. El panfleto del Círculo de Viena se cita en el original alemán con nuestra versión en paralelo; el libro de Reichenbach lo citamos sólo en inglés.

philosophy. [...] Many of those who were once willing to study philosophy from presentations [of traditional philosophical material] purporting to be objective have found that philosophical doctrines remained incomprehensible to them. [...] This presentation is written for the many who have read books on philosophy and science and were not satisfied; who have tried to find meanings but got stuck in a barrage of words; yet who have not abandoned hope that someday philosophy will become as cogent and as powerful as science.

El público al que se dirige Reichenbach está pues formado por personas interesadas en la filosofía, que han intentado leer los libros tradicionales en que se habla de ella, que no han conseguido entenderlos, y que, a pesar de tal fracaso, no han perdido el interés y confían en que hay algo en la filosofía que puede ser tan comprensible como lo es la ciencia. Está claro, me parece, que Reichenbach no está pensando en el típico estudiante de filosofía ni tampoco en el *dilettante* que encuentra la filosofía «ay, tan interesante». No se necesita en rigor leer entre líneas para darse cuenta de que Reichenbach está pensando más bien en un grupo de personas muy específico, a saber en el pequeño subconjunto de los científicos, cuya ocupación principal es la ciencia, pero que por diversas razones han tenido, tienen y tendrán adicionalmente también un interés serio en las preguntas filosóficas, al tiempo que encuentran magra e insatisfactoria la dieta ordinaria que ofrecen las historias, manuales y tratados al uso.

Que esta hipótesis es correcta nos muestran otros dos pasajes hacia el final del libro (Reichenbach, 1951, cap. 18, pp. 310-311):

[T4] The contention of an unbridgeable gap between social and natural science looks very like an attempt to create, in the philosophy of the social sciences, a reservation for philosophers who are afraid of the logical and mathematical technique without which a theory of knowledge can no longer be built up. Fortunately, there also exists a group of social scientists who look to scientific philosophy for help in their struggle for the understanding of the method of their science [...] I should like to express the hope that scientific philosophy [...] will attract men from all fields of knowledge, who have turned from researches in their special fields to philosophic inquiry.

There are mathematicians, and even mathematical logicians, who have never felt the need of extending the precision of their methods to the logical analysis of empirical knowledge, or who believe that any such extension has to be supplemented by an appeal to a superempirical insight, that is, an insight into a non-analytical absolute truth. They regard philosophy as a sort of guesswork which can never lead to serious results; or they consider the convictions of common sense to be unavoidable presuppositions of philosophy and deny the possibility of a criticism of such convictions; or they believe that the vague and fanciful language of the speculative philosopher offers the only means to deal with philosophical problems. Mathematical training is no guarantee for an understanding of the problems and methods of the modern theory of knowledge. And even if the problems are seen, the solutions might still be sought along those paths which an age-old tradition has glorified and which the student of our universities, in the formative years of his scientific training, has usually not learned to criticize.

Aquí está claro como el agua cuál es el blanco al que se dirigen los dardos de la

propaganda de Reichenbach: no son ni los filósofos ni los estudiantes de la filosofía ni mucho menos los *dilettanti* de la filosofía; son los colegas de otras especialidades a quienes se trata de persuadir de las bondades de una filosofía en el estilo del Círculo de Viena.

4. EL PÚBLICO DE LOS AUTORES ANTI-METAFÍSICOS (II)

Todavía podría ocurrir que el lector quisiera más pruebas de que el público privilegiado de los autores anti-metafísicos asociados al Círculo de Viena está constituido por científicos. Conviene entonces que enfoquemos nuestra atención al documento por el que el Círculo de Viena se anunció al mundo, el panfleto sobre *La concepción científica del mundo*, citado en la sección 1 y publicado en 1929. Y cuando decimos «publicado» no nos referimos solamente al hecho de que se imprimió y distribuyó, sino sobre todo al hecho de que se presentó públicamente y a manera de manifiesto, no en un congreso de filósofos, sino en el *Congreso de físicos y matemáticos alemanes* de Praga celebrado también en 1929.

Si el lector se regresa a la cita [T1] de la sección 1, notará que en este texto el adjetivo «anti-metafísico» se explicita mediante la frase «es afecto a la especulación», y se da a entender que existe algo llamado «la concepción científica del mundo» (*wissenschaftliche Weltauffassung*), la cual sería una concepción que no es afecta a la especulación y por ende es anti-metafísica por naturaleza. El hecho de que el panfleto citado se titule precisamente así: «concepción científica del mundo», hace pensar que para los miembros del círculo de Viena que lo redactaron el concepto de *científico* es prácticamente coextensional con el concepto de *anti-metafísico*.⁸ Pero ahora viene lo más interesante. El adjetivo «anti-metafísico» aparece en el panfleto no menos de siete veces. La primera ya la citamos. Otras cinco de las apariciones del adjetivo se utilizan para calificar los «esfuerzos» (*Bestrebungen*), el «espíritu» (*Geist*), la «actitud»

⁸ Dicho sea de paso, la portada del panfleto lleva por título *Wissenschaftliche Weltauffassung* y abajo, con letras más pequeñas, se lee *Der Wiener Kreis*. Eso ha llevado a que se piense que *Der Wiener Kreis* es el subtítulo del panfleto. A nosotros nos parece más obvio que *Der Wiener Kreis* está en el lugar donde aparecerían los nombres de los redactores del panfleto, con lo cual debemos suponer que ellos escribían *en nombre de* todo el grupo al que a partir de entonces se llamó precisamente «el Círculo de Viena». Esto se confirma por el hecho de que el prefacio (*Geleitwort*) del panfleto está firmado literalmente «a nombre de la Asociación Ernst Mach: Hans Hahn, Otto Neurath, Rudolf Carnap». En correspondencia privada queda claro que Neurath y Carnap sí fueron redactores junto con Herbert Feigl, pero que Hahn no participó en la redacción, aunque presumiblemente estaba de acuerdo con ella (Friedl & Rutte, 2008, p. 293, n. 1). Nótese el recurso retórico: nada más apto para darle respetabilidad y legitimación ante el público privilegiado del Círculo de Viena que poner a Hans Hahn, quien era un matemático de renombre, como primer responsable de la publicación, por más que este no haya escrito una línea del documento. Otro punto de importancia retórica: aunque el panfleto está dedicado a Moritz Schlick y con esa dedicatoria se le nombra jefe *de facto* del Círculo de Viena, la correspondencia privada indica que él tenía sus reservas sobre el *estilo* en que se redactó y en algunos puntos tal vez incluso sobre el *contenido* (sobre este punto volveremos en la sección 9).

(*Einstellung*) o la «dirección» (*Richtung*) de diversos autores, en su mayoría importantes científicos o bien filósofos con una notable actividad científica, con lo cual el manifiesto cobra una legitimación de primer orden.⁹ Finalmente, el tercer pasaje confirma todo lo dicho de la siguiente forma (Círculo de Viena, 1929, sección I.2; cursivas nuestras):

[T5] Um Schlick sammelte sich im Laufe der Jahre ein Kreis, der die verschiedenen Bestrebungen in der Richtung wissenschaftlicher Weltauffassung vereinigte. Durch diese Konzentration ergab sich eine fruchtbare gegenseitige Anregung. [...] Keiner [der Mitglieder] ist ein sogenannter «reiner» Philosoph, sondern alle haben auf einem wissenschaftlichen Einzelgebiet gearbeitet. Und zwar kommen sie von verschiedenen Wissenschaftszweigen und ursprünglich von verschiedenen philosophischen Einstellungen her. Im Laufe der Jahre aber trat eine zunehmende Einheitlichkeit zutage; auch dies eine Wirkung der spezifisch wissenschaftlichen Einstellung: «was sich überhaupt sagen läßt, läßt sich klar sagen» (Wittgenstein); bei Meinungsverschiedenheiten ist schließlich eine Einigung möglich, daher auch gefordert. Es hat sich immer deutlicher gezeigt, daß die nicht nur metaphysikfreie, sondern *antimetaphysische* Einstellung das gemeinsame Ziel aller bedeutet.

En torno a Schlick se reunió con el paso de los años un círculo que reunía los distintos esfuerzos en dirección a una concepción científica del mundo. Gracias a esta concentración resultó una mutua estimulación fructífera. [...] Ninguno [de los miembros] es un así llamado filósofo «puro», sino que todos han trabajado en algún dominio científico especial. Y por cierto provienen de distintas ramas de la ciencia y originalmente de actitudes filosóficas diferentes. Con el paso de los años apareció empero una unidad creciente; esto también efecto de la específica actitud científica: «lo que en absoluto puede decirse, puede decirse claramente» (Wittgenstein); en caso de divergencia de opinión es posible, y por ende hay que exigir, en último término una unificación. Se ha mostrado cada vez con mayor claridad que el fin común de todos es una actitud no solamente libre de metafísica, sino *anti-metafísica*.

Con otras palabras, aquí se trata de científicos que hablan con científicos. La diferencia, en rigor abismal, entre filósofos con alguna actividad científica (los miembros del Círculo de Viena) y científicos con algún interés filosófico, se vuelve aquí borrosa en interés de la persuasión buscada.

Aunque estamos ahora hablando del público al que se dirigen los autores anti-metafísicos asociados al Círculo de Viena —el cual, como venimos argumentando, no se compone ni de los demás filósofos, ni de los docentes o estudiantes de filosofía, ni del público «interesado» en la filosofía, sino única y exclusivamente de los científicos que tienen un interés serio en la filosofía y no aceptan lo que dicen los filósofos

⁹ Concretamente: entre los científicos tenemos citados al psicólogo William James, al matemático Kurt Grelling, a varios economistas clásicos (Quesnay, Adam Smith, Ricardo, Marx) y neoclásicos (Menger, Walras), al historiador Ludo Hartmann, al filólogo clásico Theodor Gomperz, a los sociólogos Comte y Müller-Lyer, y —la *pièce de résistance*— a los físicos Ernst Mach, Ludwig Boltzmann y Albert Einstein; en cuanto a los filósofos con importante actividad científica están los *usual suspects*: Russell, Whitehead y Wittgenstein.

supuestamente profesionales— creemos que el lector aceptará que el asunto de fondo es un asunto de ἦθος, a saber el del filósofo típico frente al del científico típico. Podríamos representar lo que queremos decir mediante un diagrama de Venn (véase Figura 1). La letra *C* indica el conjunto de los científicos, la letra *F* el conjunto de los filósofos. La intersección de ambos conjuntos contiene tanto a los científicos-filósofos *CF* (a quienes se dirigen los autores anti-metafísicos, por ejemplo Einstein) como a los filósofos-científicos *FC* (estos autores mismos, por ejemplo Reichenbach); y la flecha indica que los *FC* se dirigen retóricamente a los *CF*.

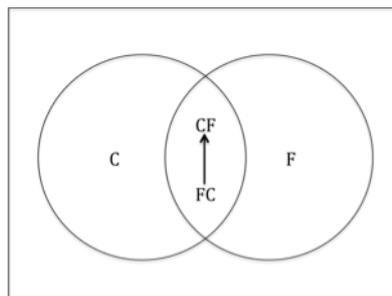


Figura 1: El público de los autores anti-metafísicos está formado por un subgrupo de científicos

En términos de Perelman, el auditorio universal está constituido por todos los elementos del universo de discurso: el rectángulo del diagrama; pero los *FC* no se dirigen a ese auditorio universal, sino sólo a una pequeña porción contenida en esa intersección; y los *FC* (Reichenbach tanto como los redactores del panfleto) quieren persuadir a los *CF* de que ambos están «en el mismo barco», a saber la intersección de *C* y *F*. Nótese bien, ya que es de particular importancia, que los elementos de *C* que quedan fuera de la intersección con *F* son todos aquellos científicos que no tienen el menor interés en la filosofía (la abrumadora mayoría) y los elementos de *F* que quedan fuera de la intersección con *C* son todos aquellos filósofos que no tienen ninguna experiencia científica directa (de lejos también la mayoría). La retórica de los autores anti-metafísicos *FC* va encaminada a convencer a los científicos *CF* de que la sed y hambre de filosofía que los *CF* tienen puede ser saciada con el producto que ofrecen los *FC*. Para ello es importante que los convenzan de que los *CF* y los *FC* tienen el mismo ἦθος, el cual es completamente diferente de todos los elementos que quedan fuera de la intersección de *C* y *F*. En efecto, el orador, al proyectar una cierta personalidad, imagen, actitud o carácter ante un determinado público, busca que ese público se *identifique* con él, sea porque comparte sus valores o porque lo mire con reverencia como un modelo al que el público aspira sin llegar a él.

5. EL PÚBLICO DE LOS AUTORES ANTI-METAFÍSICOS (III)

Con estas consideraciones obligadamente esquemáticas parece que podríamos concluir nuestra respuesta a la pregunta 2 (¿cuál es el *auditorio* o *público* al que se dirigen los autores anti-metafísicos?), y por ende pasar a tratar de responder la pregunta 3: ¿cuál es el papel del *carácter* o la *actitud del orador* que se revela en los escritos de los autores anti-metafísicos? Excepto que no podemos hacer esto todavía, ya que hay un problema pequeño, o en rigor no tan pequeño, al que debemos antes llamar la atención del lector. En efecto, faltaríamos gravemente a la verdad si no nombrásemos un público completamente diferente, un público perennemente olvidado al que por lo menos algunos de los representantes del Círculo de Viena tenían en mente constantemente: los desposeídos, y más concretamente, en los tiempos marxistas que corrían por la Roja Viena posterior a la segunda guerra mundial, la clase trabajadora. En efecto, el panfleto del que hablamos se publicó bajo los auspicios de la Asociación Ernst Mach, la cual era una especie de escuela de educación popular (*Volksbildungsschule*, Mulder, 1968, p. 387) o si se quiere: de educación continua para adultos. En particular, Otto Neurath, quien era junto a Schlick el alma del Círculo de Viena, tenía ideas anti-metafísicas que divergían de las de este justamente por su componente pedagógico-social (sobre la relación entre ambos filósofos, véase Stadler, 2011, pp. 509-518). De particular relevancia para la retórica es el hecho de que los objetivos de reforma social de Neurath incluían los clásicos ideales franceses del «enciclopedismo» ilustrado y el uso de imágenes (*Bildsprache*) para acercar los contenidos científicos a las clases desposeídas (para algunos ejemplos de tales imágenes véase Cartwright, Cat, Fleck & Uebel, 1996, pp. 63-85). El asunto es de capital importancia para las preguntas que planteamos en este trabajo, pero debemos contentarnos aquí con dejarlo apuntado: todo indica la existencia, dentro del Círculo de Viena, de una tensión retórica acerca del *público* preciso al que la actividad publicística y propagandística debería enfocarse (y con ella del *estilo* en que ha de dirigirse a dicho público y del *carácter* que ha de proyectar ante él). Esto podemos representarlo también con un diagrama de Venn (véase Figura 2). Para Neurath el público del Círculo de Viena es, o debería ser, todo lo que queda fuera de los conjuntos C y F en el diagrama, es decir todos los elementos del complemento de $C \cup F$, simbólicamente $(C \cup F)'$, y especialmente los elementos de un muy particular subconjunto de $(C \cup F)'$, al que llamaremos T para indicar la clase trabajadora, cuyos miembros por razones socio-económicas obvias tiene poco acceso a la ciencia.¹⁰

¹⁰ En realidad el subconjunto $(C \cup F)'$ está formado por todas las personas de una determinada sociedad que, por las razones que fueren, no se ocupan ni de ciencia ni de filosofía, es decir la abrumadora

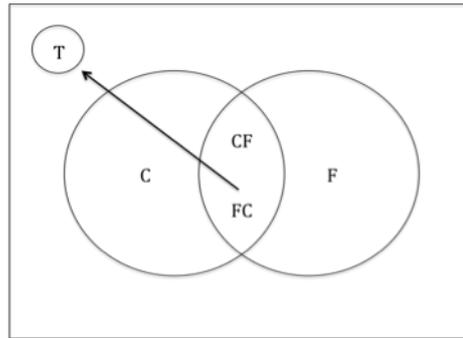


Figura 2: El público de los autores anti-metafísicos está formado por la clase trabajadora

Conviene citar unos pasajes del panfleto con el que el Círculo de Viena se presentó al público en 1929, que indican que estos intereses pedagógico-sociales se expresan en él:

[T6] Diesem Geist der Aufklärung ist es zu danken, daß Wien in der wissenschaftlich orientierten Volksbildung führend gewesen ist. Damals wurde unter Mitwirkung von Victor Adler und Friedrich Jodl der Volksbildungsverein gegründet und weitergeführt; die «volkstümlichen Universitätskurse» und das «Volksheim» wurden eingerichtet durch Ludo Hartmann, den bekannten Historiker, dessen antimetaphysische Einstellung und materialistische Geschichtsauffassung in all seinem Wirken zum Ausdruck kam. Aus dem gleichen Geist stammt auch die Bewegung der »Freien Schule«, die die Vorläuferin der heutigen Schulreform gewesen ist.

[...]

Auch die Einstellungen zu den Lebensfragen lassen, obwohl diese Fragen unter den im Kreis erörterten Themen nicht im Vordergrund stehen, eine merkwürdige Übereinstimmung erkennen. Diese Einstellungen haben eben eine engere Verwandtschaft mit der wissenschaftlichen Weltauffassung, als es auf den ersten Blick, vom rein theoretischen

A este espíritu de hay que agradecer que Viena ha sido líder en la educación para el pueblo orientada a la ciencia. En esa época [la segunda mitad del siglo XIX] se fundó y desarrolló, con el trabajo de Victor Adler y Friedrich Jodl, la asociación para la educación del pueblo; los «cursos universitarios populares» y la «casa del pueblo» fueron instaurados por Ludo Hartmann, el conocido historiador, cuya actitud anti-metafísica y concepción materialista de la historia se expresó en toda su obra. Del mismo espíritu proviene el movimiento de la «escuela libre», que es la precursora de la actual reforma escolar.

[...]

También las actitudes respecto de las cuestiones vitales, si bien no son las más prominentes en las discusiones del Círculo, permiten reconocer un consenso notable. Esas actitudes tienen de hecho, desde un punto de vista puramente teórico, un parentesco con la concepción científica del mundo más estrecho del que pudiera parecer a primera vista. Así, los esfuerzos por la re-

mayoría de los ciudadanos: si los diagramas de Venn fueran a escala (indicando con el espacio la cantidad de miembros) los círculos *C* y *F* serían pequeñísimos relativamente al diagrama, y la intersección de esos círculos pequeñísima relativamente a los círculos. Pues bien: del enorme subconjunto (C∪F) Neurath extrae el sub-subconjunto de las personas que, en su opinión, no se ocupan ni de ciencia ni de filosofía no porque carezcan de interés por ellas, sino porque no tienen acceso a ellas por razones socio-económicas, propias de una sociedad injusta. Ahora bien: que Neurath identifique ese sub-subconjunto con la clase de los obreros de las industrias manufactureras es un error conceptual muy común entre los pensadores marxistas de la época, pero este un tema demasiado amplio para tratarlo aquí.

Gesichtspunkt aus scheinen möchte. So zeigen zum Beispiel die Bestrebungen zur Neugestaltung der wirtschaftlichen und gesellschaftlichen Verhältnisse, zur Vereinigung der Menschheit, zur Erneuerung der Schule und der Erziehung einen inneren Zusammenhang mit der wissenschaftlichen Weltauffassung; es zeigt sich, daß diese Bestrebungen von den Mitgliedern des Kreises bejaht, mit Sympathie betrachtet, von einigen auch tatkräftig gefördert werden.

estructuración de las relaciones económicas y sociales, por la unión de la humanidad, por la renovación de la escuela y la educación muestran un vínculo íntimo con la concepción científica del mundo; es manifiesto que los miembros del Círculo concuerdan con estos esfuerzos, los ven con simpatía, y algunos los fomentan con acciones prácticas.

Es un hecho bastante conocido, en efecto, que muchos miembros del Círculo de Viena tenían simpatías con las ideas socialistas e incluso marxistas de la época (el cientificismo era un *trait d'union*); y también que muchos participaban en actividades pedagógico-sociales. Aunque haya fracasado en ambas empresas, ¿no intentó el propio Wittgenstein convertirse en un simple maestro de escuela rural y no buscó irse de trabajador a la Unión Soviética? (cf. Monk, 1991, caps. 9 y 17).

Desde un punto de vista retórico, sin embargo, no es de ninguna manera lo mismo tratar de persuadir a un público formado por personas como Einstein (científicos que tienen intereses filosóficos) que persuadir a un público formado por obreros. Al final de la sección 4, argumentábamos que los autores anti-metafísicos del Círculo de Viena (representados por el Reichenbach de *The Rise of Scientific Philosophy* de 1951 y por los autores del panfleto *Wissenschaftliche Weltauffassung* de 1929) van a buscar la identificación del ἥθος del filósofo-científico (que es el que pretenden proyectar en sus escritos exotéricos) con el del científico-filósofo. En cambio, resulta al menos más difícil de entrada imaginar cuál podría ser el ἥθος que compartirían los autores «burgueses» del Círculo de Viena con los trabajadores de las fábricas de aquella ciudad.¹¹ Aunque no podemos ocuparnos aquí de este tema, sí

¹¹Uno de los autores de este trabajo (FLC) tuvo el privilegio de ser amigo cercano de un vienés que vivió su infancia y primera juventud en medio de toda esta efervescencia pedagógico-social y participó en ella con vigor y entusiasmo. Cuando FLC le mencionó a su amigo, medio siglo después, el enunciado con que cierra el *Tractatus*, este dijo: «Claro, el Señorito Wittgenstein con su casa en el Paseo Señorial se puede dar el lujo de decir que no se puede hablar de cuestiones éticas; pero nosotros los trabajadores no podemos darnos ese lujo.» De allí probablemente que Neurath tuviese grandes reservas frente a la «Wittgensteinería» de Schlick, y que este las tuviese frente a aquel y criticase la falta de seriedad de su *Sociología empírica* (la cual sin embargo publicó como volumen 5 de la colección *Schriften zur wissenschaftlichen Weltauffassung*, habiendo él mismo publicado, como volumen 4, sus *Cuestiones de ética*, que a su vez no gustaban para nada a Neurath). Todo esto puede consultarse en Stadler (2011, p. 513), donde además aparece, tomada de su correspondencia privada, una observación de Schlick sobre lo que él consideraba errores retóricos de Neurath: «Anunciar a cada página [como Neurath parece hacer en su *Sociología empírica*] con bombo y platillo eso de que se puede seguir adelante sin Dios ni los ángeles vuelve en grado extremo tediosa la lectura para quien comparte la opinión, y plagada de dogmatismo para quien no lo hace. Para ambos, sin embargo, la reiteración desmedida resulta ridícula.» Creemos que tanto la anécdota de FLC como este fragmento de crítica retórica por Schlick a Neurath (crítica que el propio autor de *Retórica a Herenio* no habría podido superar) ilustran bastante bien la tensión retórica en el Círculo de Viena de cara a sus dos públicos elegidos.

quisiéramos insistir en que se trata de un problema retórico que persigue a todos los autores anti-metafísicos desde la Ilustración.

6. EL ETHOS DE LOS AUTORES ANTI-METAFÍSICOS

¿Cómo es que el orador es capaz de persuadir al público al que ha elegido dirigirse proyectando una imagen? Tan vigente hoy como en su época es la descripción de Aristóteles (*Retórica*, Libro A, cap. 2, 1356^a5-13), quien decía que el orador persuade

[T7] διὰ μὲν οὖν τοῦ ἤθους, ὅταν οὕτω λεχθῆι ὁ λόγος ὥστε ἀξιόπιστον ποιῆσαι τὸν λέγοντα· τοῖς γὰρ ἐπιεικέσι πιστεύομεν μᾶλλον καὶ θᾶπτον, περὶ πάντων μὲν ἅπλῳς, ἐν οἷς δὲ τὸ ἀκριβὲς μὴ ἔστιν ἀλλὰ τὸ ἀμφιδοξεῖν, καὶ παντελῶς. δεῖ δὲ καὶ τοῦτο συμβαίνειν διὰ τοῦ λόγου, ἀλλὰ μὴ διὰ τοῦ προδεδοξάσθαι ποιόν τινα εἶναι τὸν λέγοντα· οὐ γάρ ὥσπερ ἔνιοι τῶν τεχνολογούντων τιθέασιν ἐν τῇ τέχνῃ καὶ τὴν ἐπιείκειαν τοῦ λέγοντος, ὡς οὐδὲν συμβαλλομένην πρὸς τὸ πιθανόν, ἀλλὰ σχεδὸν ὡς εἰπεῖν κυριωτάτην ἔχει πίστιν τὸ ἦθος.

por la imagen cuando el discurso se dice de forma que hace fidedigno al orador, ya que creemos antes y más a los varones justos, en principio sobre cualquier tema pero completamente en cosas en que no hay precisión sino duda. Eso debe también ocurrir por el discurso y no porque se tengan opiniones previas sobre la calidad del orador, ya que (contra lo que dicen algunos autores de artes retóricas) no es cierto que el que el orador sea justo no contribuye en nada a la persuasión, sino que, por decirlo así, la imagen es casi lo que más convence.

Si pues suponemos que el único público al que se dirigen los filósofos anti-metafísicos es el de los científicos interesados en la filosofía, persuadirlos *por la imagen* será tanto mayor cuanto la materia de que se habla sea menos precisa y haya un mayor margen de duda; y he aquí que la materia filosófica es justo de este tipo y los científicos interesados en la filosofía lo saben perfectamente. Reichenbach ciertamente sabe que lo saben. En efecto, como vimos en [T3], él escribe para «los muchos [científicos] que han leído libros de filosofía y han quedado insatisfechos; que al buscar significados han quedado atrapados en un torrente de palabras».¹² Es solamente con imagen de varón justo (ἐπιεικῆς) que podrá convencerlos.

Para lograrlo Reichenbach cuenta con algo a su favor, a saber que esos científicos a quienes se dirige están hartos de la palabrería. Por lo tanto, su arma principal será el estilo: escribir con claridad y modestia. Sobre este punto del estilo

¹² Sin embargo, Reichenbach los caracteriza también como aquellos que, a pesar de estar insatisfechos por no haberse topado sino con palabrerías persisten en su interés porque «no han abandonado la esperanza de que algún día la filosofía sea tan convincente y poderosa como la ciencia». Note el lector la tensión aquí: la ciencia es convincente y poderosa por cuanto en ella hay mucha precisión y poco margen de duda, de forma que si algún día la filosofía llegase a este punto apenas se requeriría de argumentos «por la imagen». Es inconcebible que Reichenbach hubiese realmente pensado otra cosa.

(nuestra pregunta 1) volveremos enseguida. Por lo pronto, podemos darnos cuenta de que, como los lectores a quienes se dirige Reichenbach tienen un cierto temperamento o carácter (ἦθος), el recurso retórico al que nuestro autor recurre de forma insistente es precisamente la contraposición de ese temperamento o carácter con el de su opuesto. En efecto, toda la *dispositio* del libro que nos ocupa está orientada a contraponer los dos temperamentos, el que supuestamente caracteriza al metafísico y el que supuestamente caracteriza al anti-metafísico. El prefacio del libro la presenta por vez primera en forma de antítesis:

- «especulación» vs. «ciencia» o «filosofía especulativa» vs. «filosofía científica»;
- «adivinar la respuesta a los problemas (*guesswork*)» vs. «resolver los problemas con métodos lógicos»;
- «exposición de sistemas filosóficos con la perspectiva del intérprete, buscando encontrar algo de verdad en cada uno y haciendo creer a los lectores que todo sistema puede entenderse» vs. «aceptar que ciertos sistemas filosóficos o son claramente falsos o son simplemente ininteligibles»;
- «deseo de dar respuestas a como dé lugar» vs. «reconocer que ciertas preguntas que planteamos no tienen respuesta porque no tienen sentido»;
- «tentación de expresarse mediante imágenes» vs. «hablar con claridad» y «análisis lógico».

El cuerpo del libro (los caps. 1-17) consiste de dos partes que pretenden reproducir puntualmente la antítesis: «las raíces de la filosofía especulativa» (parte I) vs. «los resultados de la filosofía científica» (parte II); en cada una de las partes se van presentando autores característicos de uno y otro temperamento (véase más adelante la sección 7 de este trabajo). El último capítulo (18) recapitula la antítesis desarrollada en el cuerpo del libro (Reichenbach, 1951, cap. 18, pp. 303-304):

- mientras que los autores metafísicos *buscaban* conocimiento de generalidades, de los principios más generales del universo, los autores anti-metafísicos *dejan* la explicación del universo a los científicos;
- mientras que los primeros *querían* certeza absoluta, los últimos *rehúsan* que haya conocimiento absolutamente cierto; y
- mientras que aquellos *aspiraban* a establecer directivas morales, estos *han abandonado* completamente el proyecto de proponer reglas morales.

Nótese cómo la contraposición, en términos de temperamento, imagen, carácter, actitud, personalidad o modo de ser de los «metafísicos» va siempre del lado de la soberbia y demasía (intelectual y moral) mientras que los «anti-metafísicos» son modestos y sensatos. De hecho, toda la descripción ética (o *etótica*¹³) del libro es tal que el metafísico se representa como viviendo siempre en el pasado, mientras que el antimetafísico vive en el presente y en el futuro; aquel es exuberante, inmoderado y vano, mientras que este es mesurado, controlado y prudente; aquel es rígido, tieso, estático, casi muerto, mientras que este es vital, dinámico y flexible. De allí que Reichenbach concluya su contraposición con una triple exclamación retórica (pp. 304-305):

[T8] What a difference between the science built on the basis of experiments and the science derived from reason alone! How much more reliable, in spite of their uncertainty, are the predictions of the scientist than those of the philosopher who claimed to have an immediate insight into the ultimate laws of the universe! How superior is an ethics not bound by rules allegedly dictated by a higher authority, when new social conditions emerge, unforeseeable for older ethical systems!

Sin preocuparnos por ahora de si Reichenbach ha descrito correctamente el ἦθος de ese personaje imaginario al que llama «el metafísico» (y donde caben hombres de carne y hueso tan diferentes como Platón y Aristóteles, Pedro Abelardo y Tomás de Aquino, Descartes y Leibniz, Kant y Hegel, Husserl y Heidegger), ni si todos los científicos comparten los ideales «anti-metafísicos» de un Moritz Schlick, un Rudolf Carnap o un Bertrand Russell, lo cierto es que la contraposición es muy efectiva si el lector acepta de entrada «las opiniones previas» (τὸ προδεδοξάσθαι) de ambas imágenes, y sobre todo si (a) considera que las cualidades de los «anti-metafísicos» son superiores a las de los «metafísicos», y (b) se las asigna a sí mismo. Con otro público, por ejemplo con uno que tenga en gran aprecio las cualidades de los «metafísicos», el discurso de Reichenbach no hará gran mella.

7. EL ESTILO DE LOS AUTORES ANTI-METAFÍSICOS I

Ahora bien: si vemos que un hombre soberbio o envidioso acusa a otro hombre, ausente, de ser una cosa o la otra, no nos dejaremos engañar tan fácilmente. Con

¹³ El teórico de la argumentación Alan Brinton (1986) introdujo el adjetivo *ethotic* (en todo rigor incorrecto desde el punto de vista de las reglas de derivación de la morfología griega) para distinguirlo del adjetivo *ethical* que se había venido usando para calificar toda argumentación o prueba en la que se hace uso del ἦθος en el sentido aristotélico. Aquí usaremos el adjetivo *ético* con preferencia a *etótico* para calificar tales argumentaciones, y ello no solamente por razones morfológicas, sino porque a la filosofía del Círculo de Viena subyacen motivaciones éticas profundas que Moritz Schlick intentó toda su vida expresar, sin lograrlo a su entera satisfacción (cf. Iven, 2006) y que en Reichenbach son objeto de reflexión justamente en el cap. 18 de su libro.

otras palabras, Reichenbach no convencerá a sus lectores si se contenta con *describir* la antítesis entre su «metafísico» y su «anti-metafísico». Tendrá que mostrarnos que esos personajes existen de verdad y que son como él nos dice que son. Con otras palabras, dependerá de que podamos ver —de que Reichenbach nos haga ver— cómo habla uno y cómo habla el otro. En efecto, recordemos lo que nos dice Aristóteles en [T7]: la persuasión *por la imagen* (διὰ τοῦ ἡθους) debe darse *por el discurso* (διὰ τοῦ λόγου), y no simplemente *por las opiniones previas sobre las cualidades del orador* (διὰ τοῦ προδεδοξάσθαι ποιόν τινα εἶναι τὸν λέγοντα).

Hagámonos bien cargo de lo que esto significa: no basta con que Reichenbach tenga los lectores que quiere, lectores que hayan intentado leer a los «metafísicos» y leyéndolos hayan «quedado insatisfechos», como nos dice en [T3]; no basta tampoco con que esos lectores tengan una opinión previa sobre las (malas) cualidades de los «metafísicos»; ni basta con que Reichenbach les recuerde a esos lectores tan malas cualidades y que las contraponga (como vimos en la sección 6 que hace) a las de un «anti-metafísico», con quien los dichos lectores presumiblemente están identificados; sino que, para que esos lectores se persuadan, debería Reichenbach mostrarles *por el discurso suyo* que ese discurso es mejor, tiene mejores cualidades, que el discurso de sus detestados adversarios, los «metafísicos». Tendría pues que contraponer discursos. De esa manera, la pregunta 1 que planteamos en este trabajo (a saber, ¿cuál es el *estilo* en que escriben los autores anti-metafísicos?) debería ser respondida por Reichenbach, o por cualquiera otro «anti-metafísico», de una sola manera posible: a través justamente de la yuxtaposición de *estilos*, el «metafísico» que se trata de atacar y el «anti-metafísico» que se trata de encarnar *in vivo*.

Pues bien: esto es precisamente lo que Reichenbach intenta hacer en el cuerpo de su libro *The Rise of Scientific Philosophy*. Por razones de espacio, daremos solamente dos ejemplos de esta yuxtaposición. El primer ejemplo es el más simple y el menos usado en el libro de Reichenbach: consiste en citar *las palabras exactas* de un «metafísico» famoso. Así ocurre con Hegel al inicio del capítulo 1 (p. 3), un pasaje que todo lector de este libro seguramente recordará:¹⁴

¹⁴ Para los lectores curiosos, el pasaje está tomado de la introducción a las *Lecciones sobre la filosofía de la historia*, publicadas póstumamente por vez primera en 1837, en la sección donde se habla de «la historia filosófica», y reza así en el original: «Der einzige Gedanke, den die Philosophie mitbringt, ist aber der einfache Gedanke der Vernunft, daß die Vernunft die Welt beherrsche, daß es also auch in der Weltgeschichte vernünftig zugegangen sei. Diese Überzeugung und Einsicht ist eine Voraussetzung in Ansehung der Geschichte als solcher überhaupt; in der Philosophie selbst ist dies keine Voraussetzung. Durch die spekulative Erkenntniß in ihr wird es erwiesen, daß *die Vernunft* — bei diesem Ausdrucke können wir hier stehenbleiben, ohne die Beziehung und das Verhältnis zu Gott näher zu erörtern — *die Substanz wie die unendliche Macht, sich selbst der unendliche Stoff alles natürlichen und geistigen Lebens wie die unendliche Form, die Bethätigung dieses ihres Inhalts ist. Die Substanz ist sie, nämlich das, wodurch und worin alle Wirklichkeit ihr Seyn und Bestehen hat* — die unendliche Macht, indem die Vernunft nicht so ohnmächtig ist, es nur bis zum Ideal, bis zum Sollen zu bringen und

[T9a] Here is a passage taken from the writings of famous philosopher: «Reason is substance, as well as infinite power, its own infinite material underlying all the natural and spiritual life; as also the infinite form, that which sets the material in motion. Reason is the substance from which all things derive their being.»

Sin duda se trata de una cita que dejaría a cualquiera turulato, sobre todo tomada fuera de todo contexto. Hablando de estilos, nadie podrá dudar de la grandiosidad de las frases hegelianas, tan característica de su pluma. Pero, ¿cómo lo va a tomar el lector al que se dirige Reichenbach? Él mismo nos lo dice en seguida (*ibid.*):

[T9b] Many a reader has no patience with linguistic products of this brand. Failing to see any meaning in them, he may be inclined to throw the book into the fire. In order to progress from this emotional response to logical critique, such a reader is invited to study so-called philosophical language with the attitude of the neutral observer, as the naturalist studies a rare specimen of beetle. Analysis of error begins with analysis of language.

Nótense tres cosas. En primer lugar, la alusión a Hume, uno de los filósofos que el lector anti-metafísico más respetará.¹⁵ En segundo lugar, más allá de lo ampuloso de las frases de Hegel, este lector buscará el sentido y referencia de las frases, y buscará con ello cuál sería un posible método que permitiera contrastar si lo que se dice es o no es verdad, todo lo cual es un aspecto crucial del modo de leer de ese lector sobre el que volveremos enseguida en [T9d]. Finalmente, Reichenbach expresa simpatía con el lector y se identifica con él al tiempo que le recomienda paciencia y una actitud científica de observador y analista, todo lo cual es claramente una cuestión de ἦθος compartido. Continuemos (pp. 3-4):

[T9c] The student of philosophy usually is not irritated by obscure formulations. On the contrary, reading the quoted passage he would presumably be convinced that it must be his fault if he does not understand it. He therefore would read it again and again and thus would eventually reach a stage in which he thinks he has understood it. At this point it would appear quite obvious to him that reason consists of an infinite material which underlies all natural and spiritual life and is therefore the substance of all things. He has been so conditioned to this way of talking as to forget all criticisms which a less

nur außerhalb der Wirklichkeit, wer weiß wo, als etwas besonderes in den Köpfen einiger Menschen vorhanden zu sein; der unendliche Inhalt, alle Wesenheit und Wahrheit, und ihr selbst ihr Stoff, den sie ihrer Thätigkeit zu verarbeiten gibt, denn sie bedarf nicht, wie endliches Thun, der Bedingungen eines äußerlichen Materials gegebener Mittel, aus denen sie Nahrung und Gegenstände ihrer Thätigkeit empfangen, sie zehrt aus sich und ist sich selbst das Material, das sie verarbeitet; wie sie sich nur ihre eigene Voraussetzung und der absolute Endzweck ist, so ist sie selbst dessen Bethätigung und Hervorbringung aus dem Inneren in die Erscheinung, nicht nur des natürlichen Universums, sondern auch des geistigen — in der Weltgeschichte. Daß nun solche Idee das Wahre, das Ewige, das schlechthin Mächtige ist, daß sie sich in der Welt offenbart und nichts in ihr sich offenbart als sie, ihre Ehre und Herrlichkeit, das ist es, was, wie gesagt, in der Philosophie bewiesen und hier so als bewiesen vorausgesetzt wird.» (Las palabras en cursivas son las que Reichenbach extrajo del pasaje original y que tradujo al inglés para crear el efecto retórico de un disparate sin remedio.)

¹⁵ «If we take in our hand any volume; of divinity or school metaphysics, for instance; let us ask, *Does it contain any abstract reasoning concerning quantity or number?* No. *Does it contain any experimental reasoning concerning matter of fact and existence?* No. Commit it then to the flames: for it can contain nothing but sophistry and illusion.» Hume, *An Enquiry Concerning Human Understanding* (1748), sección XII, parte 3, al final.

«educated» man would make.

Aquí tenemos una prueba más de lo que sostuvimos en la sección 4: el público al que se dirige Reichenbach no está formado por los estudiantes de filosofía. Ellos son dóciles, están adoctrinados y «condicionados» (una expresión «conductista») para leer frases como las citadas y adoptar ante ellas una actitud sumisa y no científica, no analítica ni crítica. En cambio (p. 4):

[T9d] Now consider a scientist trained to use his words in such a way. His statements are so phrased that he is always able to prove their truth. He does not mind if long chains of thought are involved in the proof; he is not afraid of abstract reasoning. But he demands that somehow the abstract thought be connected with what his eyes see and his ears hear and his fingers feel. What would such a man say if he read the quoted passage?

Aquí tenemos finalmente al lector elegido de Reichenbach: el científico (quien, dicho sea de paso, está «entrenado» y no, como el estudiante de filosofía, «condicionado»). Y como una de las objeciones que se suele hacer a los científicos anti-metafísicos es que son incapaces de entender cosas elevadas y abstractas, justamente del tipo que el pasaje de Hegel ilustra tan bien, Reichenbach se apresura a pintar la imagen de ese lector científico, el cual tiene familiaridad con el pensamiento y el razonamiento abstractos, como sería por ejemplo un matemático o un físico matemático (*ibid.*):

[T9e] The words «material» and «substance» are no strangers to him. He has applied them in his description of many an experiment; he has learned to measure the weight and the solidity of a material or a substance. He knows that a material may consist of several substances, each of which may look very different from the material. So these words do not offer any difficulty in themselves.

But what kind of material is that which underlies life? One would like to assume that it is the substance of which our bodies are made. How then can it be identical with reason? Reason is an abstract capacity of human beings, manifesting itself in their behavior, or to be modest, in parts of their behavior. Does the philosopher quoted wish to say that our bodies are made of an abstract capacity of themselves?

Even a philosopher cannot mean such an absurdity. What then does he mean? Presumably he means to say that all happenings in the universe are so arranged that they serve a reasonable purpose. That is a questionable assumption, but at least a comprehensible one. Yet if it is all the philosopher wants to say, why must he say it in a cryptic way?

That is the question I wish to answer before I can say what philosophy is, and what it should be.

Reichenbach utiliza un estilo medio, llano, simple, que se opone directa y frontalmente al estilo elevado y grandioso de Hegel. A primera vista pareciera que el primero le hace injusticia al segundo al yuxtaponer los significados que las palabras «substancia» y «material» tienen en física y química con los presumiblemente sublimes que tienen

en metafísica. No faltarán lectores (nosotros mismos lo fuimos) que piensen que se trata de una maniobra de ridiculización que sólo sirve para mostrar la ignorancia de Reichenbach acerca del sentido del pasaje hegeliano; pero el penúltimo párrafo muestra que no es así: Reichenbach sabe perfectamente cuál es tal sentido del pasaje de Hegel y lo que le objeta es que emplee un lenguaje —un léxico y una sintaxis— deliberadamente obscuro para ocultarlo. Nos atreveríamos a decir que la crítica de Reichenbach a Hegel es entonces una crítica estrictamente *retórica*: Hegel emplearía mal el estilo grandilocuente.¹⁶

8. EL ESTILO DE LOS AUTORES ANTI-METAFÍSICOS II

Comoquiera que ello sea, así termina esa pequeña obra maestra de retórica que es el capítulo 1 (titulado: *The Question*, «la pregunta») de *The Rise of Scientific Philosophy*. Se trata de una contraposición del ἥθος y del estilo del metafísico, representado aquí por Hegel, frente al ἥθος y estilo del anti-metafísico, compartidos por el científico que lee a Hegel y el filósofo que describe su lectura. Por cierto: Reichenbach vuelve sobre «el pasaje citado» varias veces en el curso de su libro, y es justo uno de esos retornos que constituye el segundo ejemplo que queremos aducir de argumentación por yuxtaposición de personalidades y estilos: metafísicos frente a anti-metafísicos. El ejemplo aparece en el cap. 12 (titulado: *Evolution*). En este capítulo se ha discutido que la ciencia moderna arguye que la vida es un fenómeno natural más, no esencialmente diferente de los otros que estudian la física y la química. A esta actitud científica se opone la filosofía del *vitalismo*, que es aquí el ejemplo de actitud metafísica, y con ella volvemos en cierto modo a Hegel (p. 202):

[T10a] The philosophy of *vitalism*, which maintains the existence of a specific life substance of this kind, is historically to be classified as a descendant of philosophic rationalism. It springs from a philosophy which endows the mind with the power of controlling the universe and looks for a biology that explains the origin of mind in a substance not subject to the laws of the physical world.

Para mostrar que esta doctrina está errada en su actitud (ἥθος), Reichenbach procede a hablar del origen de la vida como parte de la pregunta más general sobre el origen del universo. Pero para ello se requiere «un paso lógico previo» (p. 203):

¹⁶ Detrás hay una cuestión fascinante que no podemos sino rozar aquí. Cicerón arguye que el orador debe usar el estilo grandioso cuando haya de conmover al público y se trate de cambiar sus sentimientos, pero el estilo llano cuando lo que quiera es instruirlo y demostrar algo. Bajo la hipótesis de que el filósofo tradicional («metafísico») busca lo primero mientras que el filósofo a la manera del Círculo de Viena busca lo segundo, cada uno estaría utilizando el estilo que mejor conviene a sus intenciones. La respuesta a la pregunta que plantea Reichenbach sería que el «metafísico» escribe en esa manera crítica porque es la apropiada al objetivo de conmover al público y cambiar sus sentimientos.

[T10b] Instead of asking how this universe came into being, the scientist asks how the universe came into being what it is now. He looks for an evolution from previous states to the present state and tries to push this history back as far as he can. Whether anything more remains to be asked is a question which I shall discuss presently.

La diferencia en las frases parece pequeña: en un caso hablamos de «llegar a ser», en el otro de «llegar a ser *lo que es ahora*». Pero en ese pequeño añadido lingüístico hay todo un cambio de sentido. Palpamos *por el discurso* (διὰ τοῦ λόγου) que hay aquí un ἦθος diferente: una actitud, una personalidad que no pregunta *en general* cómo es que llegó a existir el universo, sino que pregunta *en detalle* y volviendo paso a paso cómo es que el universo llegó a ser *lo que es ahora*. No se va de un solo golpe (*salto mortale*) hasta el final de la serie, sino que se camina despacio y solamente hasta el siguiente eslabón: no qué hay hasta el final (¿cómo sabríamos que hay final?) sino qué hay un paso atrás, un momento antes.

Pues bien, Reichenbach recapitula con paciencia tres razonamientos y cálculos, hechos de forma independiente y apoyados con evidencias diferentes, que han llevado paso a paso, eslabón tras eslabón, hasta dos mil millones de años antes del momento presente (pp. 206-207):

[T10c] The appearance of the figure two thousand million years in all these computations is most striking. Some two thousand million years ago, there seems to have been the beginning of our universe, of our sun, and of our earth. The heavens reveal an evolution pointing to a common beginning at a remote date inscribed in the figures of spectroscopy and geology. Even pieces of meteorites, captured by our earth on their path through the universe, show the same date stamped into their material in terms of radioactive decay products. Once upon a time there was a huge glowing gas ball, the amoeba from which the universe sprang—that is how the story of evolution begins.

Is that all we can ask? Science has traced back the history of the universe to a date of two thousand million years ago. What was before that date? Are we allowed to ask how the primordial gas ball came into being?

Whoever asks this question has stepped on philosophical ground; and the scientist who tries to answer the question has turned philosopher. I should therefore like to explain what the modern philosopher would answer.

Aquí encontramos claramente la oposición del filósofo tradicional («metafísico»), de tipo especulativo, y el filósofo moderno («anti-metafísico»), o, para usar una metáfora que no está en Reichenbach, la oposición entre una filosofía que se concibe como sierva de la teología a una que se concibe como *ancilla scientiae* (pp. 207-208):

[T10d] Philosophers of the speculative type answered the question by inventing a cosmogony which put fiction in the place of science, or stipulated an act of creation of matter from nothing—an answer which is but a badly veiled «we do not know». To go even further and base this answer on a «we shall never know» means arrogating to

oneself, in the guise of humbleness, the ability of anticipating future scientific developments.

The modern philosopher reacts by a different attitude. He declines to give a definite answer, which would free the scientist from his responsibility. All he is able to do is to clarify what can be meaningfully asked and to outline several possible answers, leaving it to the scientist some day to say which answer is true. In fact, modern physics has contributed much material to this logical task and will find ways of further solutions, if the possible answers presently known were to turn out insufficient.

La diferencia entre este ejemplo de contraposición y el que vimos antes es que Reichenbach no presenta aquí un pasaje literal, un λόγος particular, como el de Hegel que abre el capítulo 1, sino un *tipo* general de λόγος, una forma de preguntar y responder, de pensar y argumentar, que caracteriza toda una forma de hacer filosofía, y que se opone *éticamente* a otra forma muy diferente. Nótese cómo un tipo de filósofo se *arroga* la capacidad de predecir y lo hace disfrazándose de *humilde*, mientras que el otro tipo, cuando *declina* responder muestra sobriedad y autocontrol y no intenta quitarle la *responsabilidad* a quien la tiene, el científico.¹⁷ Todo esto es un vocabulario estrictamente ético, que describe para cada uno un modo de ser, un ἦθος. Parte de este ἦθος es un *tipo* de λόγος, igualmente general que el del filósofo tradicional, pero opuesto a él, ya que su tarea es buscar enunciados —preguntas e hipótesis— dotadas de sentido y analizar lógicamente el material que los científicos han reunido y proponen a su consideración. Este análisis lo ilustra enseguida contrastando una vez más las preguntas sin sentido del «metafísico» con la forma de razonar del científico (pp. 207-208):

[T10e] To ask how matter was generated from nothing, or to ask for a first cause, in the sense of a cause of the first event, or of the universe as a whole, is not a meaningful question. Explanation in terms of causes means pointing out a previous event that is connected with the later event in terms of general laws. If there were a first event, it could not have a cause, and it would not be meaningful to ask for an explanation. But there need not have been a first event: we can imagine that every event was preceded by an earlier event, and that time has no beginning. [...] To object that there must have been a first event, a beginning of time, is the attitude of an untrained mind. Logic does not tell anything about the structure of time. Logic offers the means of dealing with infinite series without a beginning as well as with series that have a beginning. If scientific evidence is in favor of an infinite time, coming from infinity and going to infinity, logic has no objection.

¹⁷ Por cierto, las frases *we don't know, we shall never know*, «no lo sabemos, nunca lo sabremos», aluden a las frases latinas equivalentes *ignoramus, ignorabimus*, que pronunció grandilocuentemente el fisiólogo alemán Emil du Bois-Reymond al final de su discurso «Sobre los límites del conocimiento humano» de 1872, y al que el matemático David Hilbert replicó al final del discurso pronunciado en 1900 cuando definió, en el estilo más llano y sutil, los 23 problemas más importantes que aguardaban solución en las matemáticas de su tiempo, diciendo: «Para nosotros no hay ningún *ignorabimus* [...] y nuestra consigna sea: *debemos saber y sabremos*». El asunto aquí es que el objeto de la frase «nunca lo sabremos» es una cosa *grandiosa* como la causa última del universo, mientras que el de la frase «debemos saberlo y lo sabremos» es una cosa *llana* como la causa próxima de tal o cual estado del universo. Estamos de nuevo ante la pregunta que rozamos en la nota anterior.

It has become a favorite argument of antiscientific philosophies that explanation must stop somewhere, that there remain unanswerable questions. But the questions so referred to are constructed by a misuse of words. Words meaningful in one combination may be meaningless in another. Could there be a father who never had a child? Everyone would ridicule a philosopher who regarded this question as a serious problem. The question of the cause of the first event, or of the cause of the universe as a whole, is not of a better type. The word «cause» denotes a relation between two things and is inapplicable if only one thing is concerned. The universe as a whole has no cause, since, by definition, there is no thing outside it that could be its cause. Questions of this type are empty verbalisms rather than philosophic arguments.

Instead of asking for a cause of the universe, the scientist can ask only for the cause of the present state of the universe; and his task will consist in pushing farther and farther back the date from which he is able to account for the universe in terms of laws of nature. Today this date is two thousand million years ago—that is a good long stretch of time, and to derive its chronicle from astronomical observations is a scientific achievement of the first order. Some day the date may be set back by another two thousand million years.

La predicción de Reichenbach se ha cumplido, en efecto, y hoy día se calcula la edad del universo en casi catorce mil millones de años; pero ese no es el asunto aquí: no hablamos del contenido de lo que se dice aquí sino de la forma, no de física sino de retórica. Y aquí el punto es una *reiteración* de lo que vimos antes: mientras que el filósofo tradicional, siguiendo al teólogo, da un salto mortal hasta el principio y se pregunta cuál es la causa del universo, el filósofo moderno, siguiendo al científico, sólo busca recorrer palmo a palmo la serie de las causas. De esa manera podemos, según Reichenbach, distinguir entre las preguntas que tienen sentido y las que solamente parece que lo tienen, pero no lo tienen en realidad. Y esa distinción en el preguntar es a la vez una distinción de ἦθος, tal como se manifiesta διὰ τοῦ λόγου, por el modo de hablar. Sin duda es más grandioso (y más grueso, con menos detalle) hablar del principio absoluto, el primer acontecimiento y la causa última; pero el filósofo anti-metafísico prefiere un estilo simple (y fino, lleno de detalles) en el que hablamos solamente del evento anterior, de la causa próxima y las leyes de la naturaleza.

Correspondiendo a ese estilo simple y detallado, lo que sigue en el capítulo 12 es una exposición de cinco páginas que exponen algunas de las deducciones de la teoría de la relatividad y sus hipótesis asociadas (pp. 209-213), y Reichenbach concluye (pp. 213-214):

[T10f] These are some possible answers to the question of the origin of the universe. What will be the true answer science will some day decide. [...] The solution will have to wait for much more observational material. Difficult as it is to find the answer, there is no reason to end a discussion of evolution with a dogmatic «we shall never know». Those who believe that such is the last word should reexamine their questions; they will find that what they were asking had no meaning. [...]

The elimination of meaningless questions from philosophy is difficult because there

exists a certain type of mentality that aspires to find unanswerable questions.

Aquí la palabra «mentalidad» designa, una vez más, lo que Aristóteles llamó ἥθος. Y este segundo ejemplo revela aun mejor que el primero la aspiración de Reichenbach en [T9e]: hay que mostrar que el filósofo dice las cosas que dice (λόγος) por el ἥθος que lo caracteriza; y solamente mostrando ese viejo ἥθος metafísico puede el filósofo moderno, anti-metafísico, decirnos lo que la filosofía ha sido, es decir metafísica, y lo que ella debe ser, es decir científica.

9. CONCLUSIÓN

Para cerrar este trabajo debemos volver sobre la cuestión del público al que se dirigen los autores anti-metafísicos del Círculo de Viena. Habíamos argumentado, en la sección 4, que ese público está constituido por el pequeño subconjunto de los científicos (formales, naturales y sociales) que tienen interés en la filosofía, pero están insatisfecho con los libros que escriben la mayoría de los filósofos; pero luego habíamos visto, en la sección 5, que una parte de los miembros del Círculo de Viena (en primer lugar, Otto Neurath) tenía, como parte de su proyecto pedagógico-social, la idea de un segundo público, formado por la clase trabajadora, que es una parte considerable de los ciudadanos que son en principio, aunque por diversas razones, ajenos tanto a la filosofía como a la ciencia. Hemos mostrado que en el panfleto que, para honrar a su líder, Moritz Schlick, escribieron miembros del Círculo de Viena, hay pistas de ese segundo público. Lo que nos falta decir es que la tensión retórica que surge de la existencia de estos dos públicos es algo de lo que al menos algunos de los involucrados eran conscientes. Aquí mencionaré los casos de Wittgenstein, Carnap y el propio Schlick, cada uno de los cuales tiene una posición y por tanto una perspectiva diferentes respecto tanto del Círculo de Viena cuanto del panfleto como tal.

En primer lugar, tomemos el caso de Wittgenstein. Su posición era la de un modelo: su *Tractatus* había sido leído con fervor y oración por oración en el círculo formado en torno a Moritz Schlick (el *Schlick-Kreis*, ese que precisamente, tras el panfleto, se habría de convertir en el *Wiener Kreis*). Por ese lugar tan especial que tenía Wittgenstein para Schlick y sus más cercanos colaboradores (no para Neurath, que se quejaba de los excesos de la «Wittgensteinería») era claro que el *Tractatus* debía ocupar un lugar igualmente especial en el panfleto. Este consistía de dos partes de aproximadamente igual tamaño: primero venía el texto en el que se anunciaba el

Círculo de Viena y se describían sus actitudes y campos de trabajo en cuatro secciones (las secciones I-IV, seguidas de breves indicaciones bibliográficas); y después venía una bibliografía extensa, detallada y comentada, dividida en tres grandes partes:

1. Los artículos y libros de los miembros propiamente dichos del Círculo de Viena, a saber, por orden alfabético, Gustav *Bergmann*, Rudolf *Carnap*, Herbert *Feigl*, Philipp *Frank*, Kurt *Gödel*, Hans *Hahn*, Victor *Kraft*, Karl *Menger*, Marcel *Natkin*, Otto *Neurath*, Olga *Hahn-Neurath*, Theodor *Radaković*, Moritz *Schlick* y Friedrich *Waismann*.
2. Los textos de autores fuera de Viena que se consideraban cercanos, a saber: Walter *Dubislav*, Josef *Frank*, Kurt *Grelling*, Hasso *Härten*, Eino *Kaila*, Heinrich *Loewy*, Frank P. *Ramsey*, Hans *Reichenbach*, Kurt *Reidemeister* y Edgar *Zilsel*.
3. Los textos de autores de los representantes principales de «la concepción científica del mundo», a saber Albert *Einstein*, Bertrand *Russell* y Ludwig *Wittgenstein*.

Esta segunda parte es esencial, ya que en ella no solamente se detallan las obras del movimiento, sino que en algunos casos se presentan resúmenes de sus contenidos. Tal es el caso del *Tractatus*. La tarea ímproba de resumir esta obra recayó sobre Friedrich Waismann, quien además tenía la comisión de escribir el primer volumen de la colección *Schriften zur wissenschaftlichen Weltanschauung*, concebida por Schlick en 1923 y contratada con la editorial Springer en 1925. Como las ideas del *Tractatus* eran consideradas el punto de partida de esa concepción, el primer volumen iba a ser una presentación de esas ideas en un estilo más comprensible que el de Wittgenstein. La obra de Waismann, sin embargo, jamás apareció en esa serie, que se quedó así sin su primero y en cierto sentido más importante volumen.¹⁸

Pues bien: he aquí que Waismann quería asegurarse de que su resumen fuera aprobado por Wittgenstein, y le pidió si lo podría leer y revisar en una carta donde le describió el panfleto del que sería parte. La reacción de este fue tan característica

¹⁸ Los volúmenes que sí se publicaron, desde 1928 hasta la supresión de la colección por el gobierno nazi en 1938, fueron: el tratado sobre *Probabilidad, estadística y verdad* del matemático Richard von Mises (1928, segunda edición 1936), el *Compendio de logística* de Rudolf Carnap (1929), las *Cuestiones de ética* de Moritz Schlick (1930), *Sociología empírica* de Otto Neurath (1931), la monografía, que le hizo una gran impresión a Einstein, sobre *La ley causal y sus límites* del físico Philipp Frank (1932), el ensayo *Acerca de la biología de la ética* del psiquiatra Otto Kant (1932), *Sintaxis lógica del lenguaje* de Carnap (1934), *Lógica de la investigación* de Karl Popper (1935), los *Prolegómenos para una gramática crítica* de Josef Schächter (1936) y los *Fundamentos de una teoría científica de los valores* de Victor Kraft (1937). El libro de Waismann por su parte fue objeto de múltiples revisiones y finalmente redactado en inglés y publicado póstumamente por Rom Harré con el título *The Principles of Linguistic Philosophy* (1965).

como fulminante: concediendo que la idea de honrar a Schlick y agradecerle su decisión desinteresada de quedarse en Viena con un salario menor al que le ofrecían en Bonn (véase sección 1 de este trabajo) era como tal loable, hizo ver que el panfleto era un acto comercial propio de merolicos y prostitutas, y que Schlick no se merecía algo así. Pero lo más importante para nuestro propósito es que, en una frase que recuerda uno de los filosofemas centrales del *Tractatus*, Wittgenstein le dice a Waismann que un panfleto así es necesariamente grandilocuente y presuntuoso, y que los méritos de la nueva filosofía no deberían *decirse* sino *mostrarse*, a saber mediante especímenes del tipo de análisis del lenguaje que el Círculo defendía. Una *Festschrift*, pues, es decir una antología de ensayos analíticos escritos por los diferentes miembros de, o asociados a, el Círculo de Viena, y acompañados de un prefacio que describiera los méritos de Schlick, es lo que se necesitaba y no un panfleto. Huelga decir que Wittgenstein declaró no querer tener nada que ver con el resumen y amonestó a Waismann en el sentido de que se abstuviera de hacer alguna cosa «indecente», por la que luego tendría que andar pidiendo disculpas (Mulder, 1968, pp. 389-390). Es interesante especular sobre la opinión que a Wittgenstein le hubiera merecido el texto de Reichenbach, pero el año de la publicación de *The Rise of Scientific Philosophy* coincide con el de la muerte de aquel. Aunque nunca sabremos por ello cuál hubiera sido su reacción, al menos podemos decir que no le hubiese podido reprochar el no mostrar el sentido de la nueva filosofía mediante ejemplos concretos de análisis.

Los excesos grandilocuentes del panfleto probablemente provenían de Neurath, de quien Philipp Frank diría muchos años después que fue el que más contribuyó a la redacción (Mulder, 1986, p. 389). Carnap, el segundo caso que nos ocupa, parece haber, con todo, tachado muchas oraciones que trataban de los temas favoritos de Neurath (Friedl & Rutte, 2008, p. 293, n. 1), probablemente asociados a los intereses políticos de este, y a la muy diferente idea del verdadero público de la nueva filosofía que tenía. En cuanto al tercer caso, el del propio Schlick, es interesante que él, justo a partir del panfleto sobre «la concepción científica del mundo», deja de utilizar esta expresión (*wissenschaftliche Weltauffassung*) en sus propios escritos. Aunque aprecia el gesto que constituye el panfleto, le escribe en confianza a un amigo que la orientación de ese texto es algo sesgada, y sobre todo que «no puede declararse de acuerdo ni con su estilo de anuncio comercial ni con algunas formulaciones que se antojan algo dogmáticas» (*ibid.*), una apreciación que se repite en cartas a Wittgenstein y Millikan.

Comprobamos con todo ello que las cuestiones retóricas del público, el estilo y el ἦθος (carácter, personalidad, temperamento, mentalidad, imagen, o como queramos traducir esta idea aristotélica) no pueden separarse. El filósofo en tanto que orador, cuando elige a su público, debe decantarse por un estilo, y ese estilo debe reflejar el ἦθος que quiere proyectar para persuadir a ese público en las circunstancias específicas de la alocución o la publicación de su escrito.

Concluimos reiterando que el único propósito de este trabajo es indicar el tipo de análisis de texto filosófico que nos permite la retórica clásica, incluso cuando se trata de autores que de buenas a primeras, como los anti-metafísicos en general y los asociados al Círculo de Viena en particular, no corresponden a la idea chata y equivocada que en muchos medios se sigue teniendo de esta disciplina. En cambio, no estamos tomando partido, ni en pro ni en contra, acerca de las *ideas* de este movimiento intelectual que, a pesar de sus enemigos, ha tenido una indudable importancia en el desarrollo de la filosofía de los últimos cien años.

REFERENCIAS

- Ayer, A.J. (1936). *Language, truth and logic*. Londres: Victor Gollancz.
- Biber, D. & Conrad, S. (2009). *Register, genre, and style*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Brinton, A. (1986). "Ethotic argument". *History of Philosophy Quarterly*, 3/3, 245-258.
- Carnap, R. (1928). *Der logische Aufbau der Welt*. Berlín-Schlachtensee: Weltkreis-Verlag.
- Carnap, R. (1934). *Die logische Syntax der Sprache*. Viena: Springer Verlag.
- Carnap, R. (1931). "Die Überwindung der Metaphysik durch die logische Analyse der Sprache". *Erkenntnis* II, 219-241.
- Cartwright, N., Cat, J., Fleck, L. & Uebel, T.E. (1996). *Otto Neurath: Philosophy Between Science and Politics*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Círculo de Viena (1929). *Wissenschaftliche Weltauffassung*. Viena: Artur Wolf Verlag. [Traducción al español de Pablo Lorenzano en *Redes: Revista de Estudios sobre la Ciencia y la Tecnología* (Quilmes, República Argentina) 9/18, 103-149.]
- du Bois-Reymond (1872). *Über die Grenzen des Naturerkennens*. Leipzig: Veit & Comp.
- Dennett, D.C. (2007). *Breaking the Spell: Religion as a Natural Phenomenon*. Nueva York: Viking.
- Eemeren, F.H. van (2010). *Strategic Maneuvering in Argumentative Discourse*. Amsterdam: John Benjamins.
- Fantham, E. (2004). *The Roman World of Cicero's De Oratore*. Nueva York: Oxford University Press.
- Friedl, J. & Rutte, H., eds. (2008). *Moritz Schlick Gesamtausgabe*, vol. I-6 (*Die Wiener Zeit: Aufsätze, Beiträge, Rezensionen 1926-1936*). Viena: Springer Verlag.
- Fulgencio, L. (2000). "Convocação para a fundação de uma «Sociedade para a Filosofia Positivista»". *Natureza humana* (São Paulo) 2/2, 429-438. [Disponible electrónicamente en <http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1517-24302000000200008>.]
- Iven, M. ed. (2006). *Moritz Schlick Gesamtausgabe*, vol. I-3 (*Lebensweisheit: Versuch einer Glückseligkeitslehre. Fragen der Ethik*). Viena: Springer Verlag.
- Kennedy, G.A. (1994). *A New History of Classical Rhetoric*. Princeton: University Press.
- Mach, E. (1886). *Beiträge zur Analyse der Empfindungen*. Jena: Gustav Fischer.
- Martin, J. (1974). *Antike Rhetorik: Technik und Methode*. Munich: C. H. Beck.
- Meyer, M. (2008). *Principia rhetorica: Une théorie générale de l'argumentation*. París: Arthème

- Fayard.
- Monk, R. (1991). *Ludwig Wittgenstein: The Duty of Genius*. Londres: Jonathan Cape.
- Mulder, H.L. (1968). "Wissenschaftliche Weltauffassung—Der Wiener Kreis". *Journal of the History of Philosophy* 6/4, 386-390.
- Perelman, C. & Olbrechts-Tyteca, L. (1958). *Traité de l'argumentation: La nouvelle rhétorique*. París: Presses Universitaire de France.
- Pernot, L. (2013). *La retórica en Grecia y Roma*. México: UNAM. [La edición francesa original se publicó el año 2000.]
- Reichenbach, H. (1938). *Experience and Prediction*. Chicago: University Press.
- Reichenbach, H. (1951). *The Rise of Scientific Philosophy*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press. [Traducción al español de Horacio Flores Sánchez: *La filosofía científica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967; muchas reimpressiones.]
- Russell, B. (1931). *The Scientific Outlook*. Londres: George Allen & Unwin.
- Stadler, F. (2011). *El Círculo de Viena: Empirismo lógico, ciencia, cultura y política*. México: Fondo de Cultura Económica y UAM Iztapalapa. [La edición alemana original se publicó el año 1997.]
- Stich, S. (1983). *From Folk Psychology to Cognitive Science: The Case Against Belief*. Cambridge (MA): The MIT Press.
- Weismann, F. (1965). *The Principles of Linguistic Philosophy*. Londres: Macmillan.
- Wittgenstein, L. (1921). "Logisch-philosophische Abhandlung". *Annalen der Naturphilosophie* 14, 185-262. [Esta primera edición contiene muchos errores tipográficos; pero del *Tractatus* existen muchas ediciones posteriores en que se corrigen.]

F. LEAL CARRETERO: n. 1954, doct. 1983 (Universidad de Colonia, Alemania). Profesor e investigador de la Universidad de Guadalajara (México) desde 1983. Investigador visitante en la Universidad de Colonia, la Universidad de Londres (Birkbeck College), El Colegio de México y la UAM Iztapalapa. Autor de más de cien artículos en revistas o capítulos de libros. Publicaciones más recientes como autor: *Diálogo sobre el bien* (2007), *Ensayos sobre la relación entre la filosofía y las ciencias* (2008), *Lecciones elementales de lingüística para profesionales de la educación especial* (2009); como coordinador: *Cómo se hacen las ciencias sociales* (2008), *Introducción a la teoría de la argumentación* (2010), *Estudios filosóficos: argumentación* (2013), *Interpretación y argumentación jurídica en México* (2014), *Argumentación y pragma-dialéctica: Estudios en honor a Frans van Eemeren* (2015); como traductor: *A theory of philosophical fallacies* de Leonard Nelson (2016).

V.M. FAVILA VEGA: Profesor Asociado de Filosofía, Departamento de Filosofía, Universidad de Guadalajara. Intereses: argumentación e historiografía, historia de la filosofía del siglo XX, retórica e historiografía.